



DESGUACE

NO de los acontecimientos que dejan mayor huella en la vida de los hombres de mar es ser testigo de la desaparición física de las naves sobre las cuales han vivido parte importante, si no la más significativa, de su propia existencia, sea ello a raíz de un naufragio o de su desguace.

Cuando el naufragio ocurre por condiciones adversas de mar, quienes sobreviven al desastre retienen un favorable recuerdo del valioso buque perdido, el que se hace aún más sentido en la medida que implica un reconocimiento, merecido y honroso, hacia aquellos que, aunque infructuosamente, emplearon con decisión inquebrantable todas sus dotes profesionales para salvarlo, perdiendo algunos incluso su vida en el intento.

Si el hundimiento o destrucción se debe a un accidente o descalabro fortuito, quienes logran salvar con vida lamentan profundamente la sensible pérdida y mantienen de la nave un recuerdo perdurable que llega a transformarse en una remembranza idealizada cuando hay evidencias de nobles conductas que la elevan al rango de podio testimonial de señeros comportamientos.

Si la destrucción y hundimiento es producto de la acción bélica del enemigo, el sobreviviente y, a través de él, sus connacionales, subliman su imagen, pues les resume el mérito y el valor de cuantos, combatiendo, desaparecieron con ella. En tales casos, la nave hundida con honor se yergue como el más alto símbolo del heroísmo naval y se la venera históricamente como el altar tradicional de fecundos sacrificios. Es el caso de la Esmeralda de Prat, cuyo recuerdo emocionado todos los chilenos hemos sabido mantener inmarcesible y nos enorgullece realimentar año a año, en mayo, el mes de esas glorias navales a cuyos reflejos Chile logra advertir, cada vez más claramente, la luminosa ruta marítima de su futuro, despabilándose del viejo letargo en que lo envolvían la enervante rutina de las ciudades y la arraigada parsimonia pueblerina.

* * *

Aunque menos aparente, también es profundamente conmoviente el impacto emocional que provoca, en quienes han sido sus tripulantes, presenciar el ocaso de aquellos buques que desaparecen simplemente por su envejecimiento material, que los descalifica como útiles unidades de combate.

En nuestra realidad institucional, tal circunstancia ocurre luego que los buques han cumplido una muy larga etapa de vida activa y otra en la reserva, totalizando lapsos muy por sobre cualquier período técnicamente oficializado por sus constructores como tiempo de vida útil. Ello crea una vinculación buque-marino muy estrecha y, sobre todo, muy

prolongada, estableciéndose así nexos sentimentales que se generan a partir del diario quehacer individual a bordo, el que no tiene otro propósito que asegurar, ante exigentes demandas de navegación de combate, el comportamiento eficiente del buque en todas sus extensas e intrincadas estructuras y en sus innumerables equipos, mecanismos e instrumentos.

Aun cuando los requerimientos de particularidades tecnológicas mantienen a cierto personal muy ligado a determinados buques, lo que es una tendencia creciente, también subsisten las necesidades de disponer de una cierta versatilidad profesional y ello impulsa a un sistema de entrenamiento individual variado, lo que obliga a periódicos transbordos; con todo, tales opciones no son tantas y, por ende, hay una reiterada vinculación de Oficiales y Gente de Mar con determinados buques. Así se va gestando esa directa relación hombre-nave que termina por transformarse en un afecto creciente que nadie puede, ni quiere, contener.

En estas circunstancias, el desguace surge como un hecho difícil de aceptar y la congoja se acrecienta, no sólo por perder la visión de su mole y de su estampa, sino que por el irritante desmantelamiento que va desvestiendo, paso a paso, casi a vista y paciencia de todos, esas galas técnicas y primores marineros aportados por la capacidad y el cariño de tantos tripulantes, factores que fueron, en su tiempo, los que le dieron eficiencia y personalidad.

Posteriormente, cuando los últimos pasos de la reconversión se acercan a su fin y sólo quedan ya vestigios de aquellos rasgos que eran el orgullo de la unidad, se produce una nueva y lacerante emoción: El remolque de aquello que, imperceptiblemente, fue perdiendo su condición de buque y se transformó en mera chatarra. Tal operación, naturalmente, no puede dejar de hacerse visible en el puerto de zarpe, concitando la concurrencia de muchos que deciden acudir a presenciar este inevitable desenlace, soportando estoicamente ese desgarramiento interior que provoca verlo partir como una sucia gabarra, ya sin prestancia marinera.

* * *

Es por eso que levanta el ánimo la elocuente ceremonia efectuada a bordo del crucero O'Higgins —el primero de su clase lanzado al agua, en 1936, y el último en el mundo, aún a flote, en ser dado de baja— en la cual el buque pone sus colores patrios en manos del Sr. Comandante en Jefe de la Armada, quien, con la severa solemnidad que el acto entrañaba, los guarda en cofre de honor hasta tanto la Armada de Chile pueda imponer de nuevo, a una nave principal de combate, el insigne nombre del Padre de la Patria.

El ceremonial marítimo, con toda la sobriedad y tradición que lo caracteriza, siempre sensibiliza fuertemente los corazones más templados, impulsando a una reflexión profunda sobre los valores que exalta. En dicha oportunidad, el bronco tronar de los cañones, la tensa sonoridad del clarín, el seco redoble del tambor y el agudo trinar de los pitos marineros resonaron vibrante en el seno de la Base Naval de Talcahuano, a la par que el izamiento de los empavesados y el ondear de las banderas coloreaban el aire con sus variados matices, al momento de irrumpir los acordes marciales de la banda naval.

En la cubierta del O'Higgins, antiguos tripulantes, en delegación de aquellas dotaciones que dinamizaron sus cuarenta años de vida en Chile, se mezclaron con otras tripulaciones más jóvenes, cuyos generosos corazones laten hoy sobre otras tecas; todas ellas conformaron una abigarrada representación del alma marinera institucional que en

esta ocasión, como en tantas otras de antaño, supo rendir, con hidalguía, el homenaje postrero que tan navegados, apreciados y respetados fierros merecían.

* * *

Revista de Marina rinde también en sus páginas un sincero homenaje a este buque legendario y destaca, a la vez, el mérito de esta ceremonia de despedida. Nuestra portada muestra su recia estampa y sus textos incluyen colaboraciones que recrean su dilatada vida y recuerdan, poéticamente, vivencias inolvidables que hoy resurgen, tránsidas de nostalgias, ante su inexorable fin.

